

ron las columnas de ataque enemigas.

También el gobernador del Estado de Oaxaca, general D. Luis de Mier y Terán, mandó construir hace pocos años un monumento en Huajuapán, á la memoria del ilustre hijo de este lugar general D. Antonio León.

CAPITULO XI.

Bombardeo, ataque y toma de Chapultepec. — Defensa de las garitas de Santo Tomás, San Cosme y Belen. — Evacuacion de México.

Después de la terrible acción que hemos descrito en el capítulo anterior y en la que los braves hijos de las dos grandes repúblicas del Nuevo Mundo vertieron profusamente su sangre, el general Scott tuvo un ágrío altercado con el general Wörth, que dirigió el ataque, tal vez por no haber obtenido las ventajas que él soñaba. En seguida dictó varias órdenes para sepultar los cadáveres, atender á los heridos, enviar á Mixcoac á nuestros soldados que cayeron prisioneros y en fin, procedió á reorganizar sus tropas que tan mal tre-

chas quedaron. Se dedicó también á combinar un ataque, empleando dos ó tres días en reconocer personalmente ó por medio de su seccion de ingenieros nuestras garitas de la parte Sur de México. Por su parte el general Santa-Anna no perdió un solo instante para preparar la defensa, y como frente á San Antonio y el Niño Perdido estaban numerosas fuerzas americanas y dos baterías de la Ermita, á la derecha de la Piedad, no dudaba que de un momento á otro se ejecutaría el asalto.

Nuestra garita de San Antonio enlazada con la del Niño Perdido, se artilló con seis cañones de grueso calibre, cuatro menores y dos de campaña, siendo jefe de esta línea el general D. Mariano Martínez, y de la segunda garita el coronel D. Antonio Barrios.

La garita de Belen, á cargo del general Terrés y de su segundo el coronel

D. Guadalupe Perdigon Garay, tenía tres cañones de á 6 y de á 8.

En la fuente de la Victoria, en el paseo de Bucareli, se colocó una pieza de artillería y otra en la calzada que entonces había entre la plazuela de San Fernando y la estatua ecuestre de Carlos IV, hoy calle de Rosales.

La línea de San Cosme á Santo Tomás se encomendó al general D. Joaquín Rangel con tres cañones de á 8, 12 y 24, y los batallones de Granaderos y Mixto de Santa-Anna. Era el jefe accidental del primero el Mayor D. Antonio Manero, y del segundo el coronel Ortoll.

El cerro y bosque de Chapultepec, que se encuentra á cerca de una legua al S. O. de México, se encomendó al benemérito de la patria, general D. Nicolás Bravo, uno de los héroes más distinguidos en la guerra de independen-

cia. Era segundo jefe el general D. Mariano Monterde, comandante de ingenieros el Teniente coronel D. Juan Cano y de artillería D. Manuel Gamboa. También prestaban sus servicios los generales D. Nicolás Saldaña, Dosamantes, Noriega y D. Juan N. Perez Castro, y los tenientes coroneles Don Manuel y D. Luis Robles Pezuela.

Chapultepec se consideraba entonces como la llave de la capital, porque una vez posesionado el enemigo del castillo, podía lanzar sus columnas, sin obstáculo alguno, sobre Belen y Santo Tomás.

En el camino para Tacubaya se construyó un hornabeque, (1) en la puerta de Chapultepec que mira al Oriente un

[1] Hornabeque (Del al. *hornwerk*) m. Fort. Fortificación exterior, que se compone de dos medios baluartes trabados con una cortina. Sirve para el mismo efecto que las tenazas, pero es más fuerte, por defender los flancos mutuamente, sus caras y la cortina. (Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española, 1884.)

parapeto y en la barda que rodea el bosque por la parte Sur se formó una flecha, abriéndose un foso con una anchura de ocho varas y una profundidad de tres.

Las fortificaciones interiores de Chapultepec, á medio concluir, eran: en el perímetro del jardín botánico una banqueta apoyada en la pared, que servía de parapeto; unas doscientas cincuenta varas de andamio que debería rodear la cerca del bosque y proporcionar que á cubierto pudiesen hacer fuego los soldados; tres flechas, una al Sur enfilando la entrada, otra al Oeste y la última en la glorieta al pié del cerro. Por la parte occidental que se juzgaba atravesaría el enemigo, se hicieron seis fogatas, de las cuales sólo se cargaron tres, sin que se prendiesen en el momento oportuno.

En la primera escala plana hácia el

Sur se construyó un parapeto y otro en la glorieta entre las dos rampas y por último la parte alta del castillo estaba guarnecida con blindajes y el perímetro del edificio rodeado de sacos á tierra. (1)

Segun parte del general Bravo, la fuerza que estaba á sus órdenes en la mañana del 12 de Setiembre consistía en 250 hombres del 1º Batallon de infantería, 277 del de Guardia nacional Mina y 305 de los piquetes á que quedaron reducidos los batallones de Querétaro, la Union, Toluca y la Patria. La artillería constaba de dos cañones y un obús de á 24, un obús de á 68, un cañon de á 8, tres de á 4 y dos obuses de montaña, dotadas todas las piezas

(1) En 1847 no existía la magnífica rampa que hoy conduce al castillo por las partes Norte y Occidental. Esa mejora con otras de mucha importancia, se debió al infortunado emperador Maximiliano por los años de 1865 y 1866.

con su competente número de artilleros. Además se encontraban allí los intrépidos jóvenes alumnos del Colegio Militar, muchos de los cuales, entre ellos D. Miguel Miramon, se crearon después una brillante posición en la carrera de las armas.

El general Scott después de madurar bien su plan se propuso bombardear el castillo de Chapultepec y al efecto en la noche del 11 de Setiembre mandó construir las obras necesarias para el establecimiento de cuatro baterías. La primera al mando del capitán Drum y tenientes Benjamin y Porter, compuesta de dos cañones de á 16 y un obús de ocho pulgadas inglesas, se situó en la hacienda de la Condesa. La segunda á las órdenes del capitán Huger, con un cañon de á 24 y un obús de ocho pulgadas, fué colocada á la izquierda de la primera en la loma al Sur del

Molino del Rey, y ambas permanecieron ocultas con ramas y arbustos á fin de que no fuesen vistas por nuestros soldados. La division Quitman fué destinada á sostener estas dos baterías.

A las tres de la mañana del 12 el general Pillow, se movió de Tacubaya con los regimientos de Cazadores, 9º, 11º, 14º y 15º de infantería, la batería de campaña de Magruder y la de obuses de montaña para cohetes á la Congreve del teniente Reno, al lugar donde se efectuó la batalla el día 8, dictando sus disposiciones para ocupar el Molino del Salvador y la fundicion de artillería, y como no estaban defendidos, pudo entrar el teniente coronel Herbert, aunque bajo los fuegos de nuestras baterías de Chapultepec que impidieron situar las dos que pretendían establecer los invasores. Sin embargo, en la tarde

pudo montar el capitan Lee un cañon de á 16 y un obús de 8 pulgadas detrás del acueducto de Molino del Rey. Por último la batería núm. 4, al mando del teniente Stone, formada de un mortero de 10 pulgadas, quedó establecida tambien en los Molinos al abrigo del acueducto.

La division Twigs continuó amagando el día 11 el Niño Perdido y San Antonio Abad, y la batería de Steptoe, de piezas de á 12, situada en la Ermita, al amanecer del día 12 rompió sus fuegos sobre la segunda garita y calzada del mismo nombre, para desviar la atencion del general Santa-Anna, mientras operaba el enemigo por el rumbo de Tacubaya. En efecto, poco despues, á las seis y media de la mañana, las baterías números 1 y 2 situadas en la Condesa y en las lomas al Sur del Molino del Rey, comenzaron á vomitar sus proyec-

tiles sobre Chapultepec y el edificio sufrió una verdadera lluvia de bombas, granadas y bala rasa. El castillo, cuya azotea es más baja que las lomas, contestó los fuegos enemigos con cuatro cañones, pero uno de estos se inutilizó á los primeros tiros.

El general Santa-Anna se encontraba entre las garitas del Niño Perdido y San Antonio, á las que puede decirse consagraba toda su atención, temeroso de un próximo asalto; y al oír el cañoneo sobre Chapultepec, se dirigió á este punto con varias brigadas en número de cinco mil hombres [1] llegando como á las once de la mañana cuando el fuego era más nutrido. El general Santa-Anna lleno de valor despreciaba el peligro,

[1] La brigada Rangel, seguíamente fué retirada la tarde anterior de la línea de San Cosme y Santo Tomás, pues al amanecer del 12 estaba en el paseo de la Viga, pasando luego á la Ciudadela y de este punto marchó á Chapultepec.

dictando las disposiciones convenientes. A la derecha de la entrada de Chapultepec, en el puente del mismo nombre, colocó al batallón de Matamoros de Morelia, que era de guardia nacional y lo mandaban el coronel Elguero y teniente coronel Larralde; á la izquierda el batallón de San Blas con su jefe el teniente coronel D. Santiago Xicotencatl. Fué nombrado comandante de esta línea el general Rangel y le servían de reserva los batallones de Granaderos y Mixto de Santa-Anna.

Tató también el general en jefe de situar la brigada Ramirez en la falda del cerro de Chapultepec, pero una bomba tyino al poner en tierra como treinta hombres, entre muertos y heridos, contándose en dos primeros al valiente capitán D. Pedro Mendez, que tan bizarramente se portó en la acción del día 8; y esta circunstancia hizo que el

general Santa-Anna retirara aquella brigada, á donde tuviera abrigo.

El enemigo pretendió establecer otra batería á poco más de doscientas varas del hornabeque con que estaba defendido el camino de Chapultepec á Tacubaya, pero la compañía de cazadores del bizarro batallon de San Blas, saltó los parapetos para impedirlo, protegida por una pieza de á 4 y otra de á 12 que dirigió personalmente el general Rangel.

Los fuegos enemigos siguieron más terribles y para observarlos mejor el general Santa-Anna subió á la rampa de Chapultepec, acompañado de sus ayudantes D. Antonio de Haro y Tamariz y el coronel Carrasco. Este último continuó para el castillo conduciendo municiones y encontró al general Bravo, cuyo nombre no desmentía un solo instante, almorzando con la mayor calma

en medio de una lluvia de hierro que destruía las paredes y techos del edificio. El general Bravo, aprovechando el regreso del coronel Carrasco, mandó pedir con él al general en jefe uno ó dos batallones para reforzar la guarnicion del bosque, y encontrando Santa-Anna justa esta peticion le envió al batallon activo de San Blas; pero en la tarde, sin aviso de ninguna especie, lo mandó retirar para la casa de Alfaro, lo mismo que á los batallones de Granaderos y Mixto de Santa-Anna. Unicamente quedaron en el hornabeque la guardia nacional de Morelia y la compañía de Cazadores de San Blas.

Entre seis y siete de la noche el general Bravo bajó del castillo de Chapultepec, á la puerta para conferenciar con el general Santa-Anna, y éste le comunicó su resolucion de abandonar completamente el bosque, reduciendo

la defensa á la altura de la fortaleza. Bravo hizo varias observaciones, pues que la guarnicion estaba espantada con el horroroso fuego que habia sufrido todo el día, y pedía se relevase con otra tropa. Santa-Anna contestó que también á las tropas de abajo les habia cundido el espanto, y de consiguiente era inútil el cambio, pero que si al amanecer atacaba el enemigo, él personalmente marcharía en su auxilio. Despues de esta entrevista el general en jefe se retiró á su centro de operaciones que era el palacio nacional de México.

El bombardeo sobre Chapultepec por las cuatro baterías americanas fué terrible desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, esto es, catorce horas, y fácil es calcular lo que sufriría el edificio. El hospital de sangre improvisado en las piezas altas, estaba lleno de cadáveres y de heridos y esto

naturalmente tenía consternados á sus valientes compañeros.

En la noche, la seccion de ingenieros bajo la dirección del general Monterde, trabajó empeñosamente en reponer los blindajes, y reparar hasta donde fuera posible el estrago causado en las fortificaciones.

En la tarde, durante el bombardeo, para llamar la atención del general Santa-Anna, dispuso el general Scott que la division Quitman viniera de Tacubaya á la Piedad, amenazando las garitas de Belen y Niño Perdido, cuya circunstancia obligó al primero á retirar las fuerzas que durante el día habian combatido en Chapultepec. La citada division Quitman en union de la brigada Smith, perteneciente á la division Twigs, volvió en la noche al cuartel general, sin que su movimiento fuese notado por nuestros soldados. Tambien marcharon

siete oficiales y 125 hombres de la brigada Riley, quedando el resto de esta frente á nuestra línea Sur.

En la noche del 12 al 13 de Setiembre dictó Scott sus órdenes para emprender el asalto, que debería ser simultáneo. La division Pillow que ocupaba el Molino del Rey y la fundicion de cañones, atacaría la parte occidental de Chapultepec, sosteniéndola todos los cuerpos de la division Worth; y la division Quitman, apoyada por la brigada Smith, lo haría por el Sur, viniendo de Tacubaya por el camino de la Condesa que conduce al citado Chapultepec.

Al amanecer del 13, las baterías enemigas lanzaron nuevamente sus proyectiles y el general Santa-Anna cumpliendo su ofrecimiento al general Bravo, se presentó con sus fuerzas en las inmediaciones de Chapultepec. En el acto

hizo que el batallon de San Blas compuesto de 400 hombres, á excepcion de la compañía de cazadores, penetrara al bosque y mandó al teniente coronel Xicontecatl pidiera órdenes al jefe de la fortaleza. Poco despues fué reforzado por la 4.^a compañía del batallon de Granaderos, que envió el general Don Matías de la Peña y Barragan.

Dos compañías del Mixto de Santa-Anna cubrieron la entrada principal de Chapultepec. El resto de este batallon reforzó al de Guardia nacional de Morelia, que defendía el hornabeque, y á su izquierda se situó el de Granaderos.

Quedaron de reserva para atender á donde fuese necesario los regimientos 1.^o, 3.^o y 4.^o ligero, 11.^o de línea, Activo de Morelia y de Guardia nacional Hidalgo á las inmediatas órdenes del general Lombardini.

Cuando Scott juzgó que los fuegos

de sus baterías habrían causado su destructor efecto en el castillo de Chapultepec dió lo señal para que las columnas dispuestas emprendieran el asalto, protegidas por las mismas baterías que no cesaron de vomitar granadas, balas y bombas.

El general Pillow encargado de asaltar la parte occidental de Chapultepec, hizo que los regimientos de cazadores, 9° y 15° y la batería para obuses de montaña y cohetes á la Congrève penetraran al bosque. La tropa mexicana que en corto número defendía aquel lado, fué obligada á retirarse á las fortificaciones interiores y los invasores continuaron hasta el pié de la cumbre. Allí se detuvieron en espera de las escalas y útiles indispensables y cuando llegaron, el capitán Mackenzie con una columna de 260 soldados escogidos y 20 artilleros y zapadores, avanzó haciendo uso

de la bayoneta. Una vez formada en batalla empezó á subir en buen orden hasta donde el terreno lo permitía. Al fin llegó al foso debajo de una granizada de proyectiles que se le dirigía. El teniente Armistead fué el primero en asaltarlo siguiéndole toda la tropa.

En la mitad de la pendiente del cerro había un reducto, pero habiéndolo flanqueado el capitán Dhase, del 15° de infantería, fué abandonado por los mexicanos que lo defendían.

Los asaltantes continuaron su avance encontrándose con el batallón de San Blas que se dirigía á reforzar las alturas, pero ya no pudo hacerlo y en la falda y pendiente del cerro se batió desesperadamente hasta concluir en su totalidad y los pocos que respetó el plomo americano fueron hechos prisioneros. Entre estos se encontraba el capitán D. Tomás Murphy, que segun dice el Sr.

Balbontin en sus "Apuntes," á pesar de estar herido, corrió el peligro de ser fusilado á causa de su apellido inglés y color rubio. (1) Murieron heroicamente varios oficiales, entre ellos D. Policarpo Aguilar, y el jefe del batallón, teniente coronel D. Santiago Xicotencatl á quien el Sr. Roa Bárcena llama con mucha justicia el héroe de la jornada.

Al mismo tiempo que los generales Pillow y Cadwalader comenzaban sus operaciones por la parte occidental de Chapultepec, la division Quitmann seguida de la brigada Smith, se movía

(1) El Sr. coronel Murphy, no obstante haber tenido á su cargo en los últimos meses del Imperio el ministerio de la Guerra, y en cuyo tiempo nos cupo la honra de ser el único empleado que trabajó á su lado, distinguiéndose con una confianza ilimitada, fué agraciado por el gobierno del Sr. D. Sebastian Lerdo de Tejada, con una pensión que disfrutó hasta su muerte, por el bizarro comportamiento que tuvo en la defensa de Chapultepec el 13 de Setiembre de 1847.

de Tacubaya y la Condesa para atacar por el Sur, y al llegar á tiro de fusil del hornabeque, Smith con sus soldados desfiló en dispersion hácia su derecha, haciendo retroceder á la compañía de cazadores de San Blas despues de batirse denodadamente con pérdida de la mitad de la tropa y parte de sus oficiales. A la izquierda se movió la brigada Shields compuesta de los regimientos Voluntarios de Nueva York y Carolina del Sur y el 2º de Pensylvania, avanzando hasta llegar á la barda de Chapultepec y como ya había abierta una brecha, pudo penetrar al bosque en momentos que las fuerzas de Pillow acababan de destrozar al batallón de San Blas. Unidas todas las tropas continuaron su ascension al cerro, sin arrearles el nutrido fuego que se les dirigía de la altura, y al llegar á ésta, los artilleros mexicanos que habían esca-

pado de la muerte ó de alguna herida, abandonaron sus cañones; como era preciso, entró la confusión y el desorden entre los pocos defensores, pues muchos de ellos habían desertado la noche anterior, y el enemigo pudo entonces penetrar á la parte baja del castillo, haciendo prisioneros á los generales Bravo, Saldaña (herido), Dosamantes y Noriega y todos los jefes y oficiales á quienes respetó la muerte, pues no hubo uno sólo que abandonara su puesto. Entre los cadáveres estaba el general Perez Castro, dividido en dos partes por una bala de cañon, y el teniente coronel Cano, jóven yucateco de treinta y dos años de edad, con el dorso atravesado de parte á parte por el rifle de un yankee que le acechaba y pudo distinguírle entre aquellos valientes; capitanes D. Marcelo Estrada, D. Joaquín Montoya, D. Joaquín Niño de Ri-

vera y D. Felipe Esquivel, y tenientes D. Juan N. Nava y D. José María Rios. Este último murió á consecuencia de haber reventado un cañon de á 24, que él servía.

En la parte alta del edificio seguían combatiendo los alumnos de la Escuela Militar, pero bien pronto aquellos intrépidos jóvenes y niños á pesar del fuego de amor patrio de que estaban inflamados sus pechos, tuvieron que sucumbir, cayendo en manos de una compañía del regimiento de Nueva York que subió á intimarles rendicion.

Ciento setenta y un individuos entre generales, jefes, oficiales, alumnos y soldados fueron encerrados en la biblioteca del colegio, destrozada completamente por el plomo invasor. Allí tambien se amontonaron los cadáveres y heridos, que fueron vistos con la mayor pena por los valientes prisioneros, pero